

á Venus en su tocador, imitando la gravedad de la Ciencia, y la Ciencia á entretener á Minerva en su telar, descubriendo los disparates y la ignorancia del Ingenio.

De este modo crecieron, y su malicia recibió constante aumento por el patrocinio que cada uno recibía de aquellos á quienes sus madres se habían dirigido, para que les concediesen amparo y protección. Ambos deseaban ser admitidos en la mesa de Júpiter, no tanto por la esperanza de ganar honor, como por la de excluir á su rival de la consideración de los inmortales, y poner un coto perpetuo á los progresos de aquella influencia que cada uno creía que el otro había adquirido por medio de hejezas y falsas apariencias.

Vino por último el día en que ambos, con las solemnidades de costumbre, fueron recibidos en la clase de deidades superiores, y autorizados á tomar el néctar de la mano de Hebe; pero desde aquel momento la Concordia perdió su autoridad en la mesa de Júpiter. Los dos rivales animados con su nueva dignidad, é incitados con los alternativos aplausos de los poderes asociados, se acosaron mutuamente por medio de incesantes altercaciones, con vicisitudes de victoria tan iguales, que ninguno se sintió deprimido.

Se notó que al principio de cada debate, el Ingenio sacaba la ventaja, y que á sus primeros dichos toda la asamblea, según la expresión de Homero, brillaba con inextinguible júbilo; pero la Ciencia reservaba su fuerza hasta que había pasado el estallido de los aplausos, y que la languidez, que siempre sucede á la extremada alegría, comenzaba á prometer más calma y atención. Entonces aventuraba ella su defensa, y comparando unas con otras las objeciones de su antagonista, hacía por lo común que se refutase él mismo, y manifestando de cuán pequeña parte de la cuestión se había hecho el cargo, probaba que su opinión no podía tener peso. La audiencia comenzaba á titubear, y se retiraba al fin llena de veneración por la Ciencia; pero también llena de mayor bondad por el Ingenio.

La conducta de ambos, siempre que trataban de recomendarse á los honores y distinciones, era diametralmente opuesta. El Ingenio era osado y animoso; la Ciencia precavida y circunspecta. Para el Ingenio nada era más bochornoso que la torpeza; la Ciencia nada tenía más que la imputación de un error. El Ingenio respondía antes de haber escuchado, temeroso de que se pusiese en duda la vivacidad de su aprehensión; la Ciencia discurría

pausadamente en donde no había dificultad, temiendo que algún insidioso sofisma pasase sin ser descubierto. El Ingenio embrollaba los debates con su rapidez y confusión; la Ciencia casaba á los oyentes con sus distinciones, y prolongaba la disputa sin provecho ninguno, probando lo que nunca había sido negado. El Ingenio, deseoso de brillar, aventuraba argumentos inconsiderados, y varias veces, por seguir el hilo de algún afortunado pensamiento, lograba sobresalir más allá de sus esperanzas; la Ciencia desechaba toda idea nueva por temor de verse envuelta en consecuencias imposibles de prever, y muchas veces por precaución se veía impedida de dar mayor fuerza á sus ventajas y subyugar á su adversario.

Ambos tenían preocupaciones que en cierto modo ponían trabas á los progresos para alcanzar la perfección, y que les dejaban descubiertos á los ataques. La Novedad era la favorita del Ingenio, y la Antigüedad la predilecta de la Ciencia. Todo lo que era nuevo era especioso para el Ingenio, y para la Ciencia todo lo que era antiguo era venerable. El Ingenio rara vez dejaba de divertirse á los que no podía convencer, y convencer no era siempre su ambición; la Ciencia sostenía siempre sus opiniones con tantas verdades colaterales, que cuando la causa era decidida en contra suya sus argumentos eran recordados con admiración.

Los dos campeones se despojaban á veces de sus propias armas, y se presentaban á los gárrulos combates revestidos de las de su adversario.

El Ingenio solía valerse de un silogismo, y la Ciencia, á pesar de su gravedad, empleaba alguna chanza; pero siempre tenía que arrepentirse del experimento, porque presentaba lados débiles que abrían camino á la refutación y al desprecio. El Ingenio, siempre ligero, era ridículo cuando quería aparecer serio; y la Ciencia, siempre circunspecta, inspiraba lástima cuando afectaba aires de vivacidad y de gracejo.

Las continuadas disputas cobraron al último mucha importancia, y las divinidades se dividieron en partidos. El Ingenio fué protegido por la alegre y amable Venus, la cual le procuró la compañía de las Chanzas y las Sonrisas, y le concedió permiso para que bailase á menudo con las Gracias. La Ciencia continuó siendo la favorita de Minerva, y rara vez salía de su palacio sin ser acompañada de las virtudes más severas, la Castidad, la Temperanza, la Fortaleza y la Industria. El Ingenio, colahabitando con la Malicia, tuvo un hijo llamado Sátira, que seguía siempre á su

padre, llevando un careax lleno de dardos ponzoñosos, cuyas heridas por lo común eran mortales. Disparaba á menudo sus dardos contra la Ciencia, cuando ésta se ocupaba en profundas meditaciones, ó cuando daba lecciones á sus secuaces. Minerva envió por eso en su socorro á la Crítica, para que embotase los dardos de la Sátira, ó los rechazase contra su antagonista.

Cansado Júpiter con esta perpetua lucha, que amenazaba turbar la paz de las regiones celestiales, tomó el partido de desembarazarse de huéspedes tan incómodos, y los envió sobre la tierra, á donde llevaron sus querellas, y pronto hallaron sectarios entre los mortales. El Ingenio cautivaba con su alegría á los jóvenes, y la Ciencia se atraía con su autoridad la simpatía de los viejos. El poder de ambos rivales produjo efectos muy importantes; los partidarios del Ingenio levantaron teatros para recibirlo, y los de la Ciencia fundaron colegios y academias para darle acogida: cada partido trató de aventajar al otro en gastos y magnificencia; y como se quería hacer sentir á los hombres la necesidad de alistarse desde temprano en uno de los bandos, se les advirtió que era inútil solicitar los favores de uno de los antagonistas, una vez que se habían puesto los pies en el templo de su rival.

Había, es verdad, una clase de mortales que miraba con desprecio las pretensiones de los antagonistas, y era la de los favoritos de Plutón, dios de la riqueza. Para los secuaces de Plutón, el Ingenio rara vez decía algo que les hiciese reír, ni la Ciencia, á pesar de su elocuencia, llamaba su atención. Para vengarse de este desprecio, los dos rivales excitaron contra ellos á sus secuaces, pero las fuerzas enviadas rara vez se manifestaban fieles; y á pesar de las órdenes que habían recibido, adulaban á los ricos públicamente á la vez que los despreciaban en el fondo de sus corazones; y cuando por medio de esta traición habían obtenido el favor de Plutón, afectaban mirar con aires de superioridad á los secuaces fieles del Ingenio y de la Ciencia.

Disgustados con estas deserciones, los dos rivales suplicaron á Júpiter, que los volviese á las moradas celestiales. Júpiter fulminó sus rayos con la diestra, y los desterrados llenos de alegría, obedecieron sus órdenes. El Ingenio desplegó vivamente sus alas y se encumbró sobre las nubes; pero como era corto de vista se extravió en la inmensidad del espacio. La Ciencia, que conocía bien el camino, se elevó igualmente, pero su pesadez no le permitió remontarse mucho; ambos después de prolongados esfuerzos, volvieron á caer sobre la tierra; y conociendo luego la

necesidad que tenían de reunirse, se dieron la mano, y remontaron otra vez al cielo. La Ciencia fue sostenida en su vuelo por el vigor del Ingenio, y el Ingenio guiado por la perspicacia de la Ciencia. Así llegaron pronto á la morada de Júpiter, y persuadidos al fin, de las ventajas de su unión, contrajeron una amistad tan verdadera, que vivieron en perpetua concordia. El Ingenio, con sus observaciones amistosas hizo comprender á la Ciencia, que es útil conversar á veces con las Gracias; y la Ciencia hizo que el Ingenio sentase plaza en servicio de todas las virtudes. Reconciliados de este modo se hicieron estimar de todas las divinidades, y alegraron con su presencia los banquetes celestiales. Después se casaron por orden de Júpiter, y tuvieron una numerosa progenie de artes y Ciencias.

VERDAD, FALSEDAD Y FICCIÓN.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

Un autor antiguo dice, que la única educación que los persas daban á sus hijos, consistía en enseñarles á montar á caballo, á disparar el arco, y á decir la verdad.

Nada seguramente, es más fácil que enseñar á un joven á manejar un caballo ó un arco; pero siento infinitamente que aquel autor no nos haya dado á conocer los medios de que se valían los persas para obligar á sus hijos á decir únicamente la verdad, y para garantizarlos de todas las tentaciones que podían inclinarlos á la mentira.

En este siglo, muy corrompido por desgracia, es muy difícil á un hombre, seguir constantemente el camino de la verdad. La necesidad de ocultar sus debilidades, y la ventaja que le ofrece una superchería que le procura aprovecharse de la incredulidad, ó de la ignorancia de los otros, de contener al instante una multitud de inconvenientes más ó menos desagradables, ó de procurarse goces imposibles de conseguir de otra manera, se presentan con tanta frecuencia, que es muy difícil, al que se halla lanzado en el torbellino del mundo y de los negocios, el conservar bastante fuerza de carácter, para permanecer constantemente fiel á la causa de la verdad.

Observaré que antes de tratar de enseñar á los hombres á no hablar más que la verdad, es necesario comenzar por forzarlos á que la escuchen. De todas las especies de mentiras, la lisonja es la que se emplea con más frecuencia. El hombre tímido, adula á la persona que teme; el dependiente adula á su superior por interés; el amigo al amigo que ama tiernamente; otros, en fin, que no tienen los mismos motivos de miedo ó de interés, adulan únicamente porque quieren agradar; mas es claro que mientras existan hombres sensibles á las alabanzas no merecidas, habrá otros dispuestos por la esperanza, el temor, ó la amistad, á concedérselas.

La vanidad es quizá entre todos los vicios, el que tiene más ramificaciones. ¿Cuántos hombres incapaces de envilecerse con una mentira formal han contribuido sin embargo, á corromper el corazón de otro, acariciando su vanidad, y prestado así el apoyo de su ejemplo, á un vicio que declaradamente aborrecen?

Rara vez es amable la verdad enteramente desnuda; por lo común se opone á nuestros deseos y juzga con severidad nuestras acciones; pero como lo que más excita naturalmente nuestra atención es nuestro interés, no nos gusta escuchar lo que nos conviene ocultar á nosotros mismos, y olvidamos fácilmente lo que deseamos se borre de nuestra memoria.

Para suavizar la repugnancia natural que la verdad nos inspira, se han inventado multitud de métodos; semejantes á los niños que nunca tomarían una medicina, si no se hubiese tenido antes cuidado de disfrazarla, para hacerla menos desagradable á su paladar, sólo por medio de alegorías ingeniosas, y bajo exterioridades seductoras, nos gusta recibir preceptos útiles á nuestra instrucción y á nuestra dicha.

En la infancia del mundo la Verdad bajó del cielo, y al mismo tiempo salió la Falsedad de los infiernos para combatirla sobre la tierra. La Verdad era hija de Júpiter y de la Sabiduría; la Falsedad debía su origen á la Locura, fecundada por el Viento. Ambas caminaron con igual confianza y las mismas pretensiones al dominio universal. Su mutua antipatía y sus poderes respectivos, eran bien conocidos de los habitantes del Olimpo, de modo que los combates de estas dos rivales, llamaban la atención de todos los dioses.

Llena del sentimiento de su fuerza y de la justicia de sus pretensiones, la Verdad asumía un aspecto noble y majestuoso; despreciaba los socorros extranjeros y se presentaba sola en primera

línea. Cierto es que la Razón nunca la perdía de vista, y que siempre la seguía aunque nunca se mostrase á su lado. La Verdad siempre avanzaba con digna lentitud, pero jamás se detenía; y en donde una vez había estampado las huellas de sus pies, ninguna fuerza divina ni humana la hacía retroceder.

La Falsedad trataba siempre, y con frecuencia lo conseguía, de imitar el talante y los modales de la Verdad. Se veía escoltada, animada y sostenida, por legiones innumerables de pasiones y deseos desarreglados; pero semejante á los reyes débiles para sostener el cetro, se veía reducida muy á menudo á obedecer la ley que le imponían sus aliados. Sus movimientos eran bruscos, irregulares y violentos, porque no tenía fuerza de carácter ni perseverancia. Muchas veces una invasión repentina en los dominios de la Verdad, extendía su imperio; pero como tenía el sentimiento íntimo de su propia debilidad, sabía que sólo le era posible conservar sus conquistas con el socorro de las pasiones, que en semejante caso la servían con celo y fidelidad.

A veces acontecía que las dos rivales se encontraban cara á cara; pero apenas reconocía la Falsedad á su enemiga, cuando se cubría de nubes y daba órdenes al Fraude para que colocase emboscadas en derredor suyo. En su brazo izquierdo sostenía el escudo que le había regalado la Impudencia, y el carex del Sofisma resonaba en sus espaldas; todas las pasiones se hallaban prontas á su mando. La Vanidad, encargada de la vanguardia, batía sus alas, y la Obstinación por detrás, la excitaba para que no reculase. Á veces la Falsedad, sostenida por semejantes auxiliares, se atrevía á marchar en busca de la Verdad, ó á esperarla de pie firme; pero como temía las miradas de su enemiga, trataba más bien de escaramuzar á cierta distancia; cambiaba á cada instante de posición, y disparaba una lluvia de flechas en todas direcciones.

La Verdad tenía el venerable aspecto de su padre, pero no disponía de su rayo poderoso, y cuando en la fuerza del combate se acercaba á su enemiga, ésta dejaba escapar de sus manos los dardos forjados por el Sofisma, y cubriéndose con el escudo de la Impudencia, se ponía á seguro entre las filas de sus aliados.

La Verdad no era invulnerable, pero sus heridas se cerraban pronto; á la vez que el más ligero arañá, recibido por la Falsedad, se encontraba, esparcía su malignidad en las partes vecinas, y con el tiempo se formaba una llaga que nunca llegaba á curarse completamente.

La experiencia descubrió á la Falsedad que la velocidad de su carrera, y la prontitud de sus evoluciones, eran las únicas ventajas que tenía sobre la Verdad; y por lo tanto ordenó á la Sospecha que explorase el campo, y evitase con el mayor cuidado todo encuentro con el enemigo; y como éste marchaba siempre en línea recta, era fácil á la Falsedad escaparse por los costados, precipitar su retirada, ó bien evitar el combate con un enemigo que jamás torcía.

De esta manera logró por fin la Falsedad establecer su dominio en todos los puntos en que la Verdad no se hallaba presente. En los lugares subyugados por ella, confiaba el mando de su autoridad á las pasiones, que satisfechas con su poder, resistían vivamente los ataques de la Verdad, y lograban contener sus progresos, cuando no podían impedirlos. Forzadas en fin á ceder ante las invencibles armas de la Verdad, se sometían con la mayor repugnancia, pero se insurgentaban de nuevo, luego que la Verdad se ausentaba.

Al bajar de las regiones celestiales, la Verdad esperó que sería recibida en la tierra con generales aclamaciones, tratada con bondad, escuchada con obediencia y convidada á esparcir su influencia de punto en punto, pero encontró que tenía que forzar su paso por todas partes; que preocupaciones innumerables cegaban el juicio de los que ella deseaba la escuchasen, y que las pasiones reinaban tiranamente en todos los corazones. Nada, es verdad, podía contener su marcha; pero sólo podía avanzar lentamente; y no tardaba en perder las conquistas que hacía, porque los deseos desarreglados sacudían su yugo, y se alistaban bajo las banderas de su rival.

Tantos combates no podían agotar las fuerzas, siempre renovadas, de la Verdad; pero se irritó de las continuas dificultades que le oponía un enemigo, cuyo despreciable poder se hallaba únicamente fundado en la astucia, que era su recurso, y en la inconstancia de los hombres, incapaces de ser fijados. Llena de resentimiento pidió á Júpiter que le permitiese retirarse á la corte celestial, y abandonar á los humanos á los desórdenes y las desgracias que habían merecido, por haberse sujetado voluntariamente al dominio de la Falsedad.

Júpiter consideró con lástima, cuál sería la suerte de los hombres si su hija los abandonase, y no quiso consentir; pero para aliviar sus trabajos y disminuir su sentimiento, le ordenó que consultase con las Musas para saber por qué medios podría recibir

mejor acogida, y reinar sin verse expuesta á las fatigas de una lucha continua. Se descubrió entonces que la severidad de su aspecto, y el rigor de sus órdenes, eran las causas principales que estorbaban sus progresos; y que era difícil que los hombres se sometiesen voluntariamente á su autoridad, mientras ella pareciese temible, cuando por el contrario, la Falsedad no pedía á sus súbditos el sacrificio de ningún placer, y para agradaarlos tomaba formas seductoras conformes á sus deseos.

Las Musas se pusieron entonces á tejer, en el huso de Minerva, un vestido elástico, al cual comunicaron la propiedad de poder cambiar de forma y de color, para que se asemejase al que atrata á la Falsedad tan infinito número de admiradores. Bajo este nuevo vestido la Verdad fué llamada Ficción. Con la ayuda de este disfraz la hija de Júpiter volvió á aparecer entre los hombres, y desde entonces es mejor acogida por ellos, porque la toman por la Falsedad, que es siempre su favorita; pero apenas penetra la Verdad en el campo enemigo, cuando despojada por la Razón de un vestido que no es suyo, recobra su verdadera forma, y deja ver su natural brillo y su dignidad.

MANEJO DE LA PROTECCIÓN SOBRE LA TIERRA.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

Indignadas las Ciencias de la ingratitud con que pagaban los mortales sus útiles trabajos, se decidieron á presentar un memorial á Júpiter para que tuviese á bien repartir con más justicia los honores y las riquezas. El padre de los dioses se sintió tanto más dispuesto á escuchar sus quejas, cuanto que consideró las desgracias que alligirían á la especie humana si las Ciencias, disgustadas de tanta ingratitud, se decidían á abandonar la tierra y reducían á los hombres, con su ausencia, á la dura necesidad de no tener más habitaciones que las cavernas, ni más sustento que las bellotas, ó el producto incierto de la caza, con riesgo de perecer bajo las garras de animales más fuertes y feroces que ellos mismos.

Júpiter mandó reunir los dioses para deliberar sobre asunto tan importante, y fué decidido que la Protección sería enviada en

socorro de las Ciencias. La Protección era hija de Astrea, que la concibió de un mortal, y fué puesta en la escuela de la Verdad, bajo el cuidado de aquellas mismas Ciencias á que ahora debía prestar su auxilio. La Protección heredó de su madre aquel aire de dignidad que inspira reverencia al falso mérito, y de su institutriz aquella reserva que sólo permitía que comunicasen con ella los que eran presentados por las Ciencias.

La Protección bajó á la tierra aplaudida por todas las potencias celestiales amantes de la Ciencias. La Esperanza la precedía bailando, y la Liberalidad se reunió á su séquito, pronta á derramar, á la menor señal, los dones que la Fortuna, su compañera asidua, había puesto á su disposición. Acompañada de esta manera, la diosa se encaminó al Parnaso, y su sola presencia disipó las nubes que después de largo tiempo obscurecían la cumbre del monte sagrado. Luego que llegó, los laureles marchitados por una larga sequedad, comenzaron á reverdecer; las flores, mustias con el prolongado frío, ostentaron todos sus colores, y esparcieron á lo lejos todos sus perfumes. Las Musas templaron sus instrumentos divinos, y entonaron sus armoniosas canciones: en una palabra, todo el concierto de la naturaleza celebró la llegada de la Diosa.

La protección quiso fijar su morada en la cumbre del Parnaso, en un palacio erigido por la mano de las Ciencias, y adornado por ellas con todo lo que agrada los ojos, aumenta la imaginación y fortifica el juicio, y desde su elevado trono se plugo en distribuir los dones de la fortuna con la imparcialidad que ordenaba la Justicia, y el discernimiento que inspiraba la Verdad. Las puertas del palacio estaban siempre abiertas, y la Esperanza, sentada siempre en el umbral, invitaba á entrar á todos los adeptos á las Ciencias. Pronto se vieron éstas cortejadas por una creciente multitud de verdaderos y falsos sabios, que solicitaban sus favores; y aunque el mayor número veía frustrado su intento, regresaban sin tener valor de quejarse, porque sabían que la Protección desechaba rara vez á los que tenían derechos incontestables á sus favores. La mayor parte de los pretendientes despididos, se retiraban en silencio, determinados á adoptar un género de vida menos difícil, ó á tratar de adquirir, por medio del estudio y del trabajo, los conocimientos que les faltaban.

Pero vino tiempo en que aumentó tanto el número de los despididos, que comenzaron á no avergonzarse de su desgracia; y en vez de ir á ocultar su bochorno en la soledad, se creyeron

bastante fuertes para siliar las puertas del palacio, é impedir el paso á los que por su mérito verdadero, tenían más probabilidad de ser mejor acogidos. Por otra parte, se tuvo experiencia de que la Protección, que sólo era semidiosa, se había engañado algunas veces, y bien que fuese atenta á enmendar sus yerros luego que los veía apenas se notó que podía errar, cuando todos los concurrentes maltratados se apresuraron á apelar de sus sentencias, y á constituirse en jueces de sus propias composiciones, ó bien á someterlas á los que habiendo experimentado el mismo desdén, no dejaban de sostener la causa común, dando y recibiendo aplausos negados por la Diosa.

La Esperanza era amiga constante de todos los despedidos, y la Impudencia, que nunca los abandonaba, los excitaba continuamente á aprovecharse de una segunda invitación para presentarse de nuevo ante el trono de la Protección; pero las más veces eran repulsados ignominiosamente. Como la Esperanza los sostenía y la Impudencia los excitaba, acudían á nuevos expedientes, y esperaban prevalecer al último, confiados en la multitud creciente y en la constante ayuda de la Esperanza y la Impudencia.

Después de morar largo tiempo sobre la tierra, la Protección, lejana del consejo de los dioses, comenzó á degenerar, á participar de la naturaleza humana, y á olvidar los preceptos de la Justicia y de la Verdad. En vez de conceder exclusivamente sus favores á las Ciencias, entró poco á poco en relaciones con el Orgullo, hijo de la Falsedad, y de esta unión nacieron dos hijos, el Capricho y la Lisonja. El Capricho fué amantado por la Fortuna, y la lisonja por la Liberalidad, sin que las Ciencias tomasen parte ninguna en su educación.

No tardó la Protección en adoptar los sentimientos ni en imitar las maneras de su esposo, bajo cuya dirección se conducía, sin pagar mucha atención á los consejos prudentes de la Verdad; y como sus hijos le eran diariamente más queridos, las Ciencias perdieron su influjo gradualmente, hasta que por último, fué imposible acercarse á su trono, excepto aquellos que eran conducidos por el Capricho ó la Lisonja.

Todos los que por largo tiempo habían esperado los favores de la diosa, y sido excluidos de su palacio, por falta de recomendación de las Ciencias, se llenaron de regocijo al ver la decadencia de aquel poder que los había despreciado, y cedieron fácilmente á las nuevas instigaciones de la Esperanza y la Impudencia. La

primera les enseñaba á sonreír á presencia del Capricho, y la segunda se hallaba siempre dispuesta á presentarlos á la Lisonja.

La Protección creyó entonces darse más importancia exigiendo formalidades, y una etiqueta desconocidas antes, y en vez de dar inmediata audiencia, quiso que la sala del trono fuese precedida de una antecámara, llamada entre los mortales *sala de espera* (*Hall of Expectation*).^(a) Nada era más fácil que entrar en la antecámara cuando se había obtenido una recomendación de la Impudencia ó de la Lisonja, y por eso se hallaba siempre llena de solicitantes de todas las partes del mundo, en cuyos semblantes se descubría la ambición y el deseo de suplantar á sus rivales.

Todos entraban en la sala de espera llenos de ardor y confianza, y se imaginaban que serían admitidos al instante, porque la Lisonja misma los había prometido presentarlos á la diosa; pero por lo común permanecían allí largo tiempo quemándose la sangre, porque el Capricho, que guardaba la puerta interior, la abría ó cerraba á la ventura, sin sujetarse á ninguna regla, de modo que multitud de aspirantes se veían condenados á pasar su vida en la antecámara, entregados á una continua alternativa de triunfo anticipado y de desesperación; atormentados por la Sospecha, que nunca dejaba de revelarles mil intrigas urdidas contra ellos por rivales sin escrúpulo, y devorados por la Envidia que les inspiraba deseos de alcanzar la buena fortuna de los otros. Entonces la Infamia desplegabá sus alas, y revolando por la antecámara esparcía vapores pestilenciales que infectaban á todos los asistentes. La Reputación la seguía con vuelo más lento, y trataba de cubrir bajo su engañoso barniz, las manchas hechas por la Infamia; pero la duración de este barniz era efímera, y pronto volvían las manchas á manifestarse más extensas. Las manchas de la Infamia sólo podían borrarse con agua muy clara, vertida por la mano del Tiempo, y sacada de una fuente que brotaba al pie del trono de la Verdad.

Las Ciencias, no queriendo perder su antigua prerrogativa de procurar recomendaciones, condujeron á varios á la *sala de*

(a) Cuando el autor de esta alegoría anunció al público su famoso Diccionario, solicitó el patronaje de Lord Chesterfield, por haber éste sido á entender que recibiría gustoso la dedicación de aquella obra. Johnson fué á verle, y aunque se anunció á su llegada, tuvo que esperar largo tiempo en la antecámara, y por último se marchó indignado sin haberlo visto. Se supone con fundamento, que este suceso dió lugar á la alegoría que traducimos.

espera; pero éstos pronto se cansaron de esperar, porque no sólo la Sospecha y la Envidia se dedicaban á atormentarlos; mas también la Impudencia, que los consideraba como intrusos, excitaba á la Infamia á mancharlos; y por eso se retiraban apesuradamente; pero no sin algunas manchas que apenas podían lavar y que eran una prueba de que habían puesto los pies en la *sala de espera*.

Los otros continuaban aguardando el afortunado momento en que pluguiese al Capricho permitirles que se acercasen, y trataban de contentarlo, no con poesías dignas de Homero; no con el relato de acciones heroicas, ni distinguiéndose con sentimientos sublimes, sino con melodías suaves y voluptuosas, mezcladas con el elogio del Orgullo y de la Protección, que las escuchaban con placer y desprecio.

Había algunos que eran admitidos por el Capricho cuando menos lo esperaban, y que eran colmados por la Protección con los dones de la Fortuna; pero desde este momento quedaban encadenados al pie del trono, y reducidos á la necesidad de obedecer á las menores señales de la Protección. Orgullosos de su brillante pero vergonzosa esclavitud, rara vez se quejaban, á pesar de verse obligados á obedecer las órdenes más ridículas, y á devorar en silencio las afrentas más humillantes. Este servilismo obsequioso no los libertaba sin embargo, de los repentinos ataques del Capricho, que á veces se complacía en despojarlos de sus adornos, y despacharlos desnudos á la *sala de espera*.

Confundidos de nuevo en la multitud de ambiciosos oscuros, continuaban, excepto unos cuantos corregidos, solicitando los medios que podía procurarles la Lisonja, para atraer sobre sí las miradas favorables del Capricho; hasta que pasado mucho tiempo otras generaciones los empujaban é iban á finalizar sus días en las pobres habitaciones de la Enfermedad, la Vergüenza, la Miseria y la Desesperación, en donde su único consuelo era referir las falsas promesas que se les habían hecho, los placeres y las penas que habían experimentado, las esperanzas con que habían sido entretenidos, y la crueldad con que habían sido engañados.

Las Ciencias, indignadas de tantas afrentas, se retiraron del palacio de la Protección, y después de haber vagado largo tiempo sobre la tierra, perseguidas y disgustadas, sólo encontraron un asilo bajo el humilde techo de la Independencia, hija de la Fortaleza, en donde la Prudencia y la Parsimonia les enseñaron á vivir en el seno del reposo y de la dignidad.

ESPERANZAS VANAS.

(Ensayo de Johnson, publicado en el Aventurero de Londres.)

Hace siglos observó Cicerón, que ningún hombre, sea cual fuere la debilidad á que lo hayan conducido los años, está tan persuadido de su decrepitud, que no se imagine poder conservar todavía su lugar en el mundo por otro año.

Cada día nos presenta pruebas de la verdad de esta observación: no hay época de la vida en que los hombres, en su mayor parte, esperen menos la campanada de la muerte, que cuando los ojos de todos la consideran inminente; ó se hallen más ocupados en formar proyectos para el año próximo, que cuando aparece claro á todos, excepto á ellos, que no llegarán á vivir otro año. Aunque cada entierro que pasa delante de sus ojos, descubre la falacia de semejantes esperanzas, pues que cada hombre que nace para morir se considera igualmente cierto de vivir por lo menos, hasta el año próximo, el que le sobrevive continúa lisonjeándose, y nunca le faltan razones para esperar que su vida se prolongará, y que la muerte voraz continuará pacificándose con alguna otra presa.

Pero este es únicamente uno de los innumerables artificios practicados en la universal conspiración de los hombres contra ellos mismos; en toda edad y condición se acoge algún engaño favorito; cada hombre se adormece con proyectos que sabe son improbables, y determina proseguirlos sin atreverse á examinarlos. Todo lo que el hombre desea con ardor, cree fácilmente que llegará á conseguirlo: aquel cuya intemperancia le ha abrumado de enfermedades, mientras se extenua en la primavera, espera vigor y recobro del sol del verano, y mientras se consume en el verano, transfiere sus esperanzas á los fríos del invierno: aquel que codicia la elegancia y los placeres que la falta de recursos le impide imitar ó participar, se consuela con que el tiempo de la miseria terminará pronto, y que cada día le trae más cerca de una situación feliz, aunque ve que aquel día no sólo ha pasado sin haberle traído ninguna ventaja, sino tal vez, sin haber hecho esfuerzo alguno para conseguirla, formando planes inasequibles, y contemplando perspectivas á que no puede acercarse.

Tal es en general, el desvario en que consumimos nuestro

tiempo: cada hombre cree que se acerca el día en que todo sus deseos serán satisfechos, en que dejará atrás á todos sus competidores, que como él se regocijan á la misma hora, con las esperanzas de la victoria; siempre se va acercando para los abatidos el día en que serán ricos, para los oscuros en que serán eminentes, y para los feos en que serán hermosos.

Si alguno de los lectores ha visto con tan poca atención á las personas que le rodean, y que tome esta pintura por exagerada ó improbable, reflexione un poco sobre su propia vida, y considere cuáles fueron sus esperanzas hace diez años, y las adiciones que entonces esperaba serían hechas á su felicidad: estos años han pasado, ¿han cumplido la promesa que se les arrancó? ¿han adelantado su fortuna, aumentado sus conocimientos, ó reformado su conducta hasta el grado que llegó á esperar? Temo que cada hombre que recuerde sus esperanzas de entonces, tenga que confesar que ha sido chasqueado, que los días han pasado uno tras otro, sin ningún provecho, y que se halla aún á la misma distancia del punto de felicidad.

¿Con qué consuelos pueden los que así han visto frustrados sus principales designios, eludir la memoria de su malogro? ¿Con qué ilusiones pueden amortiguar su descontento, después de la pérdida de tan larga porción de la vida? Pueden entregarse otra vez á los mismos engaños, pueden volver á formar planes de placeres vanos, y fijar otro período de felicidad, pueden decidirse otra vez á confiar en la promesa que conocían no sería cumplida, pueden recorrer un círculo con los ojos cerrados, y esforzarse en creer que marchan adelante.

De todo acontecimiento grande y complicado, parte depende de causas fuera de nuestro alcance, y parte de nuestro vigor y perseverancia. Con respecto á lo que en términos comunes se llama obra del acaso, los hombres encontrarán siempre razones para confiar ó desconfiar, según sus diversos temperamentos ó inclinaciones; y el que se ha acostumbrado por largo tiempo á complacerse con posibilidades de felicidad fortuita, no será fácil ni voluntariamente corregido de su error. Pero los efectos de la industria y de la habilidad de los hombres son más fáciles de calcular: todo lo que puede completarse en un año, es divisible en partes, de las cuales cada una puede realizarse en el término de un día; aquel, pues, que ha pasado el día sin atender á la tarea que se ha asignado, puede estar cierto de que el desliz de la vida, no le ha traído más cerca de su objeto; porque sea cual

fuere el desahogo futuro que espera, el resultado será solamente en proporción de la diligencia con que ha empleado el tiempo. El que flota perezosamente en el río en solicitud de alguna cosa sostenida por la misma corriente, se verá sin duda impelido adelante; pero á menos que no aplique su mano al remo, y aumente con su trabajo la velocidad, siempre se encontrará á la misma distancia de lo que va siguiendo.

En todos tiempos ha habido algunas contingencias de fortunas imprevistas y no merecidas, por las que, aquellos que se hallen determinados á creer todo lo que favorece sus inclinaciones, han sido estimulados á complacerse con ventajas futuras; mantienen su confianza por medio de consideraciones cuya única utilidad real es, alejar la desesperación; es tan absurdo sentarse á bostezar porque algunos se han enriquecido sin trabajo, como saltar un precipicio porque otros han caído y escapado con vida, ó embarcarse en tiempo borrascoso, porque han sido arrojados sobre una tabla en la costa á que iban destinados.

Todos nos sentimos dispuestos á confesar que la creencia debe ser proporcionada á la evidencia ó la probabilidad; que cada hombre compare, pues, el número de los que han sido de este modo favorecidos de la fortuna y de los que han visto frustradas sus esperanzas y fácilmente conocerá la justicia que le asiste para haberse colocado en el catálogo de los afortunados.

Pero en casos semejantes no se necesitan cálculos profundos, ni investigaciones laboriosas; hay un método mucho más simple para distinguir las esperanzas locas de las racionales, de encontrar la diferencia entre perspectivas que están á la vista, y las que sólo se hallan pintadas en el fondo de nuestra imaginación. Juan Lerdo se acostumbró á computar los beneficios de un proyecto favorito hasta no quedarle la menor duda de que lo conseguiría; próximo ya á ponerlo en obra lo maduró con la más atenta meditación, todas las medidas fueron cuidadosamente tomadas, y sólo le faltaban dos mil pesos para llegar á ser dueño de una fortuna que habría envidiado el dueño de una compañía mercantil. Juan era generoso y agradecido, y estaba resuelto á recompensar este pequeño empréstito con una amplia fortuna; deliberó por lo tanto, durante algún tiempo, á cuál de sus amigos acudiría por lo que necesitaba: no porque temiese una negativa, sino porque no podía determinar de pronto, quién de ellos haría mejor uso de la riqueza y era por consiguiente más digno de su favor. Por fin, hizo la elección y sabiendo que para obte-

ner el préstamo necesitaba poner de manifiesto las probabilidades de pagarlo, preparó una minuta explicando muy extensamente su proyecto; pero aquí terminó el sueño dorado: descubrió pronto la imposibilidad de hacer adoptar á los otros las nociones engañosas con que él mismo se había alucinado; de cualquiera manera que explicase sus pensamientos, el proyecto parecía absurdo, y la ejecución imposible; aun la credulidad y la preocupación tuvieron al fin que desvanecerse, y Juan Lerdo se abochornó de haber creído lo que la vergüenza no le permitía comunicar á otro.

Á estas pruebas deben los hombres traer sus ilusiones antes de que hayan echado raíces en su alma. Todo lo que es verdadero puede ser relatado; todo lo que es racional se presta á la explicación; pero cuando nos deleitamos considerando en secreto nuestra felicidad futura, y silenciosamente meditamos planes que sabemos bastará mencionar para exponernos al ridículo y desprecio, recordemos que nos engañamos á nosotros mismos con ilusiones voluntarias y consagramos á las falaces extravagancias de la imaginación, las horas en que podíamos obtener sólidas ventajas por medio de pensamientos cuerdos y racional aplicación.

Hay en verdad, tan poca certidumbre en los negocios humanos, que el escudriñador más circunspecto y severo puede alimentar algunas esperanzas, sin poder probar que se hallen muy favorecidas de la probabilidad, siendo así que después de sus mayores esfuerzos para asegurar los acontecimientos, tienen que dejar á menudo el resultado en manos de la suerte, y es tan escasa nuestra ración de felicidad en este mundo, que en muchas situaciones la vida sería insoportable, si no fuese dado á la esperanza consolar la hora presente con placeres tomados de lo futuro, y reanimar el desfallecimiento señalando regiones distantes de felicidad, á las cuales sin embargo, la resolución y la perseverancia no llegarán jamás (a).

(a) Metastasio dice:

Non so se la speranza
Va coll'inganno unita:
So che mantiene in vita
Qualche infelice almen.....
Lò sventurato adora
La speme, che l'alletta,
E mentre il bene aspetta,
Il mal scemanda va.

Pero estos como muchos otros cordiales, aunque en corta dosis pueden vigorizar, embriagar tomados en mayor cantidad; estos placeres, como los otros, son legitimos solamente en ciertas circunstancias y en ciertos grados; pueden ser útiles subordinándoles debidamente á intentos nobles; pero llegan á ser peligrosos y destructivos, luego que han ganado ascendente en el corazón; lisonjear y tranquilizar el alma con la esperanza aun cuando sea probable que ésta nos engañe, puede ser útil á veces, pero arrullar nuestras facultades y aletargarlas es cosa pobre y despreciable.

Los vicios y los errores reciben modificaciones diferentes según el estado de las almas de que dependen; nutrir esperanzas más allá de lo que garantiza la razón, es una falta de los entendimientos cortos como de los elevados; pero su fundamento y sus efectos son enteramente diferentes; el hombre de gran valor y grandes habilidades, es propenso á colocar mucha confianza en sí mismo, y á esperar de un vigoroso esfuerzo de su poder, más de lo que puede alcanzar la energía y la actividad; entre él y su deseo ve ciertamente obstáculos; pero cuenta pasarlos de un salto ó romperlos; su ardor engañado le impele adelante, y aunque quizá yerra el golpe obtiene sin embargo alguna ventaja colateral, y realiza alguna cosa útil á la humanidad. El tímido holgazán se atreve también á esperar, pero sin fundamento y sin consecuencias; la bienaventuranza con que recrea sus horas, la aguarda siempre de los otros, aunque muchas veces ignora de quién; se cruza los brazos y se sienta en espera de alguna revolución que lo eleve, ó alguna lluvia de oro que le colme de riquezas; permanece todo el día en la inacción meditando en el día mañana, y al fin de la vida despierta de su sueño para descubrir únicamente que el tiempo de obrar ha pasado, y que la sola prueba de juicio que puede dar entonces es su arrepentimiento.

VIDA AGITADA DE UNA SRTA. DISTINGUIDA.

(Ensayo de Johnson, publicado en el Vagamundo de Londres.)

SEÑOR VAGAMUNDO :

Figúrese Vd. que hace tres dias que me veo obligada á no salir de mi recámara, á causa de un importuno resfriado, que durante

todo este tiempo me ha privado del placer de ir al teatro, á la Alameda, á las tertulias, y también de hacer y recibir multitud de visitas indispensables. Pero no es esto lo peor, sino que el médico ha dicho á mamá, que si continúo impacientándome y llorando, se me coagulará el resfriado, y durante seis semanas me pondré tan fea, que espantaré á las gentes. Pero ¿qué quiere Vd. que yo haga? no lo puedo remediar. Mientras escribo estos renglones, Carmencita Donaire baila con un joven muy distinguido. Mañana asistirán á un bautismo, comerán juntos é irán después á la Alameda, Carmen oírá mil cumplimientos, recibirá bonitos regalos, tendrá el gusto de lucir su vestido; irá por la noche al teatro, aunque no sea sino por un momento, y después á una brillante tertulia en donde jugará y ganará, estoy segura de ello, y hacia medianoche regresará á su casa en un coche tirado por soberbios frisonos. ¿Quién podrá soportar esto, Señor Vagamundo?

Mi tía para distraerme, acaba de traerme varios números del periódico que Vd. redacta, diciéndome que es Vd. un filósofo que me enseñará á moderar mis deseos y ver el mundo con indiferencia; pero esto es precisamente lo que yo no deseo, estando por una parte bien decidida á no moderar mis deseos, y por otra á no ver el mundo con indiferencia, á lo menos hasta que él no haya tomado la iniciativa respecto de mí. Como mi tía se hallaba en mi cuarto, ocupada en su costura, me fué necesario conservar en la mano, por más de un cuarto de hora, un número del Vagamundo; pero por fortuna, mi recamarera me había traído antes una carta de Paco Zaneadilla, y tuve cuidado de ocultarla entre el periódico, de modo que en vez de ocuparme de la moral de Vd. algo enfadosa, lei todo lo que aquél me dice de los tormentos de la ausencia. El pobre muchacho está de lo más inconsolable. *Su ardor es extrenado; su pasión, irresistible, y su constancia será eterna.* Mi cándida tía se imaginaba que yo leía alguno de los ensayos de Vd. y viendo mi ternura, se ofreció á hacerme las explicaciones de que pudiese yo necesitar. ¡Pobre tía! ; con qué facilidad todos estos parientes viejos, que se consideran tan hábiles, pueden ser engañados! pero tienen su merecido, porque estoy segura de que mientras nos tienen bajo su dominio, nos tiranizan y llenan la imaginación con los falsos peligros que coremos las jóvenes en el mundo, é inventan historias con el sólo objeto de hacernos creer que no podemos pasarnos de su protección.

Tengo una madre y dos tías que, según he oído decir, fueron muy celebradas por su talento y hermosura, y que aún en el día son estimadas de las personas juiciosas que hacen más caso del talento que de la belleza; pero estoy segura, Señor Vagamundo, de que si yo no viviese con ellas, no entrarían en casa sino hombres de figura, vestido y maneras del tiempo de Maricastañas. Hace diez y siete años que me veo bajo el dominio de estas señoras, y siempre han tratado de engañarme y asustarme, ha blándome sin cesar de seducción, de lazos, y de perfidias que carecen de realidad. Lo que yo quisiera saber, Señor Vagamundo, es, si debo atribuir todos estos cuentos á su malicia ó á su ignorancia; porque puede muy bien ser que el mundo haya cambiado mucho desde el tiempo de su juventud, y que todo lo que antes existía, haya hoy desaparecido.

Para aficionarme á la lectura de libros serios, me dicen que sólo la instrucción puede hacer que una joven sea considerada, y enseñarle á distinguir el mérito sólido de las cualidades superficiales; que si llego á adquirir el gusto de la lectura y de la ocupación jamás tendré el deseo ni la necesidad de recurrir á diversiones peligrosas, y sabré preservarme de multitud de tentaciones que sitian á las personas ociosas. Pero el gran argumento sobre el cual insisten diariamente, es lo que ellas llaman la perfidia de los hombres. Confieso que sus perpetuas declamaciones sobre este capítulo, habían hecho en mi alma tal impresión, que ni aún si quiera me atreva yo á mirarlos, y que todo mi cuerpo temblaba cuando por casualidad me encontraba yo sola con un hombre en el salón de mi madre. Natural era que así sucediese, puesto que todo el santo día se me decía que los hombres tienen siempre la mentira en la boca; que sólo hablan para engañar, que cada mirada suya es una tentativa de seducción; que una joven que voluntariamente vuelve á dejarse ver de un hombre que le ha estrechado la mano, se halla en el borde de un precipicio; y que si ella es tan loca que contesta una carta sin consultar con sus padres, es perdida sin remedio; que ha enajenado su corazón y la desgracia y la infamia no podrán menos de caer sobre ella.

Creo que desde el día que comencé á andar sin andaderas, nadie, excepto mi recamarera y mi costurera, me ha hablado de las gracias de mi persona; cuando más, mi madre responde secamente á los que elogian la regularidad de mis facciones, que en efecto soy bastante bien formada, y trata en seguida de desviar mi atención, preguntándome lo que he hecho de mi aguja

ó de mi libro. Hace solamente tres años que se me permitió ver el mundo, bailar en las tertulias, asistir al teatro y jugar á los naipes en casa de la Sra. Baratinda, y desde entonces comenzaron mis ojos á ver las cosas como son en sí. Ya se figurará Vd. Sr. Vagamundo, cuál sería mi indignación al descubrir los artificios con que se me había engañado y héchome concebir falsos temores, á la vez que se me ocultaba con el mayor cuidado lo que más importa salir á una joven.

Estoy tan lejos de reconocer la necesidad y aun la utilidad de la instrucción, que tiemblo solamente de pensar en el peligro que corri hace pocos días de perder á Zancadilla, que oyéndome citar en el teatro una cuarteta moral, me dejó de repente y no quiso volver á verme sino con la condición de que no pronunciase yo palabrotas que despedazan la oreja. Figúrese Vd. cuál sería mi desconsuelo, visto que en un baile no hay mejor compañero que Zancadilla, y que cuando anda solamente parece que baila. También me ha acontecido hablar de principios morales á dos amigas mías; pero al instante comenzaron á abanicarse diciendo que yo era muy sabihonda para ellas; que ignoraban en qué libro había ido á pescar tales sandeces, y que en cuanto á ellas no leían más que el diario de modas y los carteles del teatro. Después comenzaron á hablar de mi peinado, manifestando un gusto muy exquisito en todo lo referente al tocado. También se me había dicho que los buenos libros tienen la ventaja de llenar agradablemente los momentos que no se consagran á las ocupaciones indispensables; pero Sr. Vagamundo, yo no estoy ociosa un solo instante; me acuesto tarde y no es posible levantarme temprano; apenas despierto cuando me pongo á ensayar en el piano los vales nuevos; tengo en seguida que vestirme para recibir á las personas de confianza que vienen por la mañana y me llevan á dar un paseo, á ver las curiosidades de la ciudad ó las modas en los almacenes. Después tengo que vestirme de nuevo para hacer visitas de etiqueta y para comer; apenas me levanto de la mesa, cuando me preparo para ir al teatro, y luego que éste concluye voy á alguna tertulia en donde se me espera para jugar. Y aun estas ocupaciones no son sino las ordinarias de mi vida; ¿pero cuántas veces no me veo obligada á quebrantarlas? Unas veces me vienen á buscar temprano para ir al campo, de donde regreso justamente á tiempo para ir al baile; otras veces me veo comprometida á otra diversión que me ocupa todo el día y tal vez parte de la noche. Si por casualidad puedo disponer de una hora, son tantos

los quehaceres que pesan sobre mí, tantas las órdenes que tengo que dar á mi costurera ó á mi modista, tantos cambios que hacer en mis vestidos, tantas esquelas y tarjetas que leer, tantos convites que aceptar ó rehusar, que pierdo la cabeza. Ya ve Vd., Sr. Vagamundo, que empleo bien todo mi tiempo, y que no me queda un sólo momento para abrir un libro. Creo que nunca me encontraré en el caso de cambiar de este género de vida, á lo menos mientras el mundo exista y haya paseos, teatros, bailes, conciertos, visitas que hacer y recibir y trajes que preparar.

Pero quisiera yo que me explicase Vd. cuál sería el objeto de mis parientes, al contarme todas las historias lamentables, de la crueldad, la perfidia y los artificios de los hombres, los cuales seguramente han cambiado mucho, si eran antes en efecto, como me los han pintado. Desde que yo entré en el mundo, no he visto ni uno solo que no fuese mi humilde servidor, pronto á vivir ó morir según yo lo ordenase. ¡Pobres hombres! son tan buenos, y distan tanto de perjudicarme, que entran en competencia para procurarme mayor placer. Si se trata de un paseo, de un baile, ó de una partida de campo, se ve encantado aquel á que doy la preferencia, y lleno de vanidad me hace mil protestas de su eterno reconocimiento, asegurándome que en su vida ha sido más dichoso. ¿Cómo podría yo concebir sospechas de unos corazones que sólo están contentos cuando tienen la suerte de verme y agradarme?

Todas esas acusaciones vagas de fraudes, engaños y artificios, me parecen de lo más infundadas. En el juego soy yo bastante aturdida; pero los hombres nunca se prevalen de mi aturdimiento para ganar: las reglas no son estrictas sino para ellos. Aun D. J. Maraña, que no se puede decir es joven, pues tiene una hija de mi edad, cuando juega conmigo finge jugar mal para procurarme el gusto de ganar. Á mi belleza personal, que yo ignoraba, porque se guardaban muy bien de revelarme el secreto, debo estas distinciones tan lisonjeras. Mis tías tenían ciertamente algún objeto al ocultarme con tan gran sigilo, lo que tanto me convenia saber; porque en fin, ellas tiene ojos como todo el mundo, y diariamente oigo decir que es necesario ser ciego para no admirar una hermosa tan completa. De todo esto deduzco que lo que me han dicho mis tías de lo que pasa en el mundo, que ellas pretenden conocer muy bien, es falso y absurdo. Sé bien que la decencia exige que continúe yo tratándolas con aparente miramiento; pero confieso á Vd. Señor Vagamundo, que

después de haber descubierto sus imposturas, me es imposible amarlas y mucho menos obedecerlas. — *Loreto Leve.*

HÁBITO DE MENTIR.

(*Ensayo de Johnson, publicado en el Aventurero de Londres.*)

Preguntado una vez Aristóteles qué ventajas podía retirar un hombre con sus mentiras, contestó: No ser creído cuando diga verdad.

El carácter de un embustero es tan odioso y despreciable, que aun de los despojados de toda virtud, debía esperarse que por amor propio se abstuviesen de violar la verdad. Casi todos los otros vicios que deshonran á la humanidad, pueden encontrar algún apoyo en los elogios y la asociación: el corruptor de una virgen inocente se mira envidiado por los hombres, y á lo menos no detestado por las mujeres: el borracho se une con seres entregados como él, al regocijo estrepitoso, ó á la silenciosa insensibilidad que celebrarán sus victorias sobre los novicios de la intemperancia, se jactarán de ser compañeros de sus proezas, y hablarán con entusiasmo de los muchos que una emulación malograda ha precipitado en el sepulcro: aun el ladrón y el asesino se vanaglorian de su destreza é intrepidez, de sus estratagemas de rapina y de su fidelidad á la cuadrilla de bandoleros.

El embustero, y sólo el embustero, es universalmente despreciado, abandonado y desconocido; carece de consuelos domésticos que poder oponer á la censura de los hombres, no tiene sociedad en que retirarse en donde sus crímenes sean considerados como virtudes, sino que es abandonado á la bafa de todo el mundo, sin amigos y sin apologistas. La falsedad tiene la condición peculiar de ser detestada por los buenos y por los malos. Los diablos, dice Brown, no se engañan mutuamente, porque la verdad es necesaria en todas las asociaciones, y la del infierno no existiría sin ella.

Naturalmente debía esperarse que un crimen tan generalmente detestado, fuese generalmente evitado; á lo menos que ninguno se expusiese á una infamia completa sin algún aliciente adecuado; pero no es fácil encontrar aliciente para un crimen

descubierto con presteza y castigado con tanta severidad. Pero el caso es que á pesar del desprecio y la reprobación, se falta á menudo á la verdad, y la circunspección más vigilante y permanente, apenas liberta al que se mezcla en el mundo, de ser á cada hora engañado por hombres de quienes apenas podría imaginarse que intenten perjudicarle, ó retirar para sí alguna ventaja.

Los teólogos han distinguido minuciosamente las mentiras en diferentes clases, según sus varios grados de malicia ; pero creo que en lo general han omitido la que es más común, y quizá no menos perjudicial ; y pues que los moralistas no le han dado nombre, yo la llamaré mentira de vanidad.

Á la vanidad pueden justamente atribuirse muchas de las falsedades que cada hombre escucha con frecuencia, y quizá muchas de las que se propagan con suceso. En cuanto á las mentiras comerciales y las mentiras maliciosas, su objeto es tan aparente que rara vez se reciben con descuido ni implícitamente ; la sospecha siempre está vigilante sobre los artificios del interés, y sea cual fuere lo que la esperanza del lucro ó el deseo de hacer daño impelan á un hombre á asegurar, el otro está, por iguales razones, dispuesto á contradecirlo. Pero la vanidad se satisface con entidades tan pequeñas, que sus artificios no producen alarma, ni se descubren fácilmente.

En efecto, la vanidad pasa á menudo sin que se sospeche, porque el que se pusiese á vigilar sus movimientos, no tendría ningún descanso ; apenas hay momento en que un hombre se separe de su vanidad ; y aquel á quien la verdad no procura placer, se inclina generalmente á buscarlo en las falsedades.

Ha sido observado por Kénelin, que cada hombre desea ser superior á los otros, aunque no sea más que en haber visto lo que ellos no han visto. Se creería que una ventaja tan accidental como ésta, que ni implica mérito ni confiere dignidad, no fuese tan apetecida ; sin embargo, esta vanidad, aunque tan fútil, produce innumerables narraciones, todas igualmente falsas ; pero más ó menos creíbles en proporción á la experiencia y atrevimiento del relator. ¡ Cuántos, entre sus conocidos, no puede contar un hombre que frecuenta la sociedad, que han logrado escapar infinitas veces su vida, que nunca viajan por mar ó por tierra, sin más aventuras que las que acontecieron á los caballeros errantes de los tiempos antiguos, en bosques intransitables ó castillos encantados ! ¡ Cuántos no debe conocer, á quienes á

menudo ocurren prodigios y portentos y para quienes la naturaleza realiza diariamente maravillas invisibles á los ojos de los demás, con el único objeto de proporcionarles materia de conversación !

Hay otros que se entretienen diseminando la falsedad con mayor peligro de ser descubiertos y deshonrados, hombres marcados por algún planeta venturoso para que todos coloquen en ellos una confianza y amistad ilimitadas ; que han sido consultados en infinitas dificultades, se les han confiado multitud de secretos, y han sido requeridos en transacciones intrincadas ; la suprema felicidad de estos hombres consiste en aturdir á las gentes con informes ruidosos, en disipar las dudas y sojuzgar toda oposición con la certidumbre y autenticidad de sus noticias. Un embustero de esta especie, con feliz memoria y viva imaginación, es á menudo el oráculo de algún club obscuro, y hasta que el tiempo descubre sus imposturas, dicta á sus oyentes con una autoridad irresistible, porque si se suscita alguna cuestión pública, se encontraba él presente cuando fué debatida ; si se menciona alguna moda nueva, estuvo él en la corte el primer día que apareció ; si alguna obra literaria llama la atención del público, él ha patrocinado al autor, y tenido en sus manos el borrador de su composición ; si algún criminal de rango es sentenciado á muerte, le predijo su suerte y trató de reformarlo, y ¿ quién de los que viven distantes de la escena de acción se atreverá á contradecir á un hombre que se declara testigo ocular ó auricular, y al que todos los negocios y las personas le son conocidas tan íntimamente ?

En lo general esta especie de falsedad logra pasar felizmente por algún tiempo, porque se practica al principio con timidez y desconfianza ; pero la prosperidad del embustero es de corta duración : la creencia de una historia es siempre un estímulo para inventar otra menos probable, y el mentiroso triunfa de la necia credulidad, hasta que el orgullo y la razón se revelan contra él, y los oyentes no quieren soportar por más tiempo que se muestre mejor informado, ó más discreto que ellos mismos.

Claro es que los inventores de todas estas fábulas, tienen el designio de exaltarse y engrandecerse ellos mismos ; sus narraciones siempre implican alguna consecuencia en favor de su valor, su sagacidad, su familiaridad con los literatos, ó su acogida entre los grandes ; siempre son llevados del placer de verse

superiores á los que los rodean, y de recibir el homenaje de la atención silenciosa, y de la envidiada admiración.

Á estas reflexiones del Doctor Johnson, el traductor agrega la siguiente carta que Addison, redactor del Espectador, supone le fué dirigida por un embustero.

SEÑOR ESPECTADOR.

Sin preámbulo ni excusa alguna confesaré á Vd. ingenuamente, que soy y he sido desde mis primeros años uno de los mayores embusteros. He leído todo lo que los autores han escrito sobre la materia, pero por desgracia el único efecto que sus razones han producido en mí, es ministrarme nuevas ideas, y héchome más capaz de comunicar un aire de verisimilitud á fábulas que sin esto se verían destituidas de toda apariencia de verdad. A pesar de esta inclinación invencible á la mentira, me atrevo á decir que no hay hombre más de bien ni mejor amigo que yo; pero mi imaginación me arrastra, y siempre que en la conversación se suscita algún asunto nuevo, se presentan en el momento á mi alma, tantas aventuras y cosas sorprendentes, que no puedo abstenerme de referirlas, aunque en el acto mismo, piense, con cierta vergüenza, que podrá descubrirse que en todo lo que digo no hay una palabra de verdad. Tengo un deseo immoderado de haberme hallado presente en cualquier lugar en donde ha acontecido alguna cosa notable. Esta manía me ha puesto á veces en embarazos que habrían sido muchísimo mayores, si hubiese habido alguna malicia en mi carácter; pero soy de buena pasta, y nunca he calumniado á ninguno en su cara; siempre me he limitado á observar que fulano había dicho alguna cosa deshonrosa de mengano aunque todo fuese falso. Una vez hice cuanto pude para curarme de un defecto tan vil, y resolví no pronunciar una sola palabra en una semana; pero durante este intervalo de represión, hice tantos gestos significativos, puse en práctica tantos medios mudos para indicar lo que habría querido decir, que mentí interiormente tanto como antes. Diré á Vd. una cosa que me causa mucha pena, visto el uso admirable que podría yo haber hecho de ella, y es, que nunca he viajado; no obstante, sería difícil hablar con más seguridad que yo de los

países extranjeros delante de quienes me conviene; maldigo las posadas de Alemania; alabo sin medida á los jóvenes de la vida airada de Venecia; y me muestro encantado de las maneras desembarazadas y civiles de los franceses; y aunque no me haya yo alejado diez leguas de Londres, he corrido tres veces el riesgo de verme asesinado en Roma por haber enamorado á la querida de un cardenal. Seria cuento de nunca acabar si me pudiese á referir todas mis mentiras; pero puedo asegurar á Vd. que tengo muchos compañeros que se me parecen, que no son más verídicos que yo, de modo que podemos componer una sociedad numerosa. Conozco también á un Señor que á pesar de ocupar un puesto elevado, es de los nuestros. No creo que exista alma más romanesca que la suya. Luego que se presenta la menor ocasión, inventa en el acto una cosa sucedida en tal año y en tal compañía con una infinidad de circunstancias propias para adornar su relación, dando á todo tal aire de verisimilitud, que los que no lo conocen lo tomarán por sincero. También podría yo citar á Vd. un oficial que ha realizado las hazañas mayores, sin haber visto jamás la cara al enemigo; y también á un pisaverde que agoniza á menudo temiendo no se llegue á descubrir lo que pasa entre él y una belleza conocida. Se consuela sin embargo, con la esperanza de que la recamarera de la dama será discreta, porque según dice, no evitará medio alguno para obligarla á que guarde silencio, aun cuando tenga que vender su camisa. Otro de mis compañeros que quiero señalar á Vd., es un comerciante que miente cuando gana, y cuando pierde, al menudeo y por mayor. La única verdad que se me ha escapado desde hace mucho tiempo es, la de asegurar á Vd. que soy su afectísimo servidor etc. —
Mendacio Yvanis.

HISTORIA DE MISELA SEDUCIDA POR UN PRIMO SUYO.

(Del Doctor Johnson.)

SEÑOR REDACTOR.

Me dirijo á Vd. con la mayor humildad, esperando me concederá alguna indulgencia, ó á lo menos alguna compasión, cuando sepa que soy una de aquellas criaturas desgraciadas, que aun las personas más caritativas se creen obligadas á despreciar y